

al promover el funcionamiento de los sindicatos “blancos”, los cuales no se encontraban asociados a las organizaciones obreras radicales, con lo que se posibilitaba la disminución del nivel del conflicto entre patrones y trabajadores.

El estudio de Óscar Flores resulta revelador de la posición estratégica del empresariado regiomontano en momentos tan difíciles para el estado de Nuevo León, derivados de la inestabilidad política provocada por la revolución mexicana. Este trabajo se centra principalmente en la ciudad de Monterrey. Faltaría estudiar con este mismo nivel de análisis la dinámica del área rural neoleonesa durante el proceso revolucionario. Hay que señalar que los contingentes revolucionarios en Nuevo León se nutrieron de campesinos, por lo que sería provechoso buscar una explicación que considere las causas y motivos de la integración de este tipo de personas a las filas revolucionarias y la posición que desempeñaron los propietarios de tierras en este proceso. Con esto, se contaría con una visión global sobre los efectos políticos y sociales de las luchas revolucionarias en Nuevo León.

Antonio Peña

El Colegio de México

ISABEL AVELLA ALAMINOS, *De oportunidades y retos. Los engranajes del comercio exterior de México, 1920-1947*, México, El Colegio de México, 2010, 425 pp. ISBN 9786074621808

De oportunidades y retos es un estudio muy completo y original acerca del comercio exterior de México en un periodo que abarca la transición entre dos modelos de crecimiento y dos formas de vinculación del país con la economía internacional.

El tema no ha sido suficientemente tratado para este periodo en la historiografía sobre México, lo cual puede atribuirse a varios factores, como la dificultad para reunir las fuentes documentales pertinentes y el lugar secundario que se concede al comercio exterior durante la etapa de industrialización por sustitución de importaciones. Otra razón para esta ausencia es posiblemente el papel negativo que con frecuencia se atribuye a esta dimensión de la actividad económica en el desarrollo del país. A este respecto, la autora destaca con acierto que “la dicotomía entre desarrollo interno y comercio exterior que subyace a esta concepción es una metáfora simplificadora que distorsiona nuestra comprensión de la relación entre ambos aspectos, más que esclarecerla” (p. 21). En este sentido, la obra contribuye a llenar una laguna significativa no sólo en términos temporales sino también analíticos, al proporcionar un estudio sobre el comercio exterior que ofrece la pauta para enlazar la era exportadora con la de industrialización por sustitución de importaciones, reafirmando la línea de continuidad entre estos dos periodos que ha sugerido Stephen Haber y un creciente número de investigadores en los años recientes.

El texto está muy bien escrito y estructurado de forma inteligente, distinguiendo analíticamente cinco dimensiones del comercio exterior que se estudian a lo largo de todo el periodo. La hipótesis central que guía la investigación es que las transformaciones que tuvieron lugar en los rasgos del comercio exterior y en su papel en el desarrollo de la economía mexicana no fueron resultado de una intencionalidad orientada en una u otra dirección, sino de la debacle del sistema económico internacional y del cambio en las circunstancias externas. Esta hipótesis se matiza a partir de la constatación de que el gobierno mexicano tuvo una injerencia creciente en los asuntos relacionados con el comercio exterior, lo que lo llevó a tomar parte en esa transformación, sobre todo mediante la creación de instituciones y una variedad más amplia de instrumentos para encauzar políticas en ese ámbito. De

hecho, esta consideración (me refiero a la nueva presencia gubernamental) llevó a la autora a organizar el trabajo a partir del enlace entre los cambios en el comercio exterior y la organización económica del Estado posrevolucionario como principal eje analítico. Esto mismo explica que haya colocado en el centro de su interés no sólo las transacciones que en estricto sentido constituyen el intercambio con el exterior, sino también los aspectos financieros, institucionales y organizativos que aquéllas entrañaban, así como a los agentes privados que participaban en ellas.

Uno de los grandes aciertos del trabajo es la periodización adoptada, así como la justificación que se ofrece para sustentarla. La autora ha elegido un lapso de casi 30 años en los cuales México transitó de un modelo de crecimiento orientado por las exportaciones a uno en el que la industria y el mercado interno constituyeron los factores más dinámicos del crecimiento. No sólo rompe así con líneas temporales que identifican al año de 1910 como el hito histórico a partir del cual debe explicarse todo el periodo subsecuente, sino también con otras periodizaciones que han percibido adecuadamente la duración y los cortes históricos entre ambos modelos, pero que dejan de lado el estudio de esa transición. Al mismo tiempo, esta cronología ofrece la ocasión para seguir reflexionando en torno al problema central de si el crecimiento exportador y el crecimiento industrial son alternativas excluyentes, de manera que el primero se habría opacado completamente al iniciarse el segundo, o si históricamente han constituido rutas compatibles e incluso hasta cierto punto complementarias en el proceso de desarrollo económico, aun cuando una de ellas haya prevalecido sobre la otra en cada fase de ese proceso. De hecho, queda muy claro en esta exploración que el comercio exterior siguió siendo fundamental para el desarrollo económico del país cuando la era exportadora llegó a su fin, pues, por ejemplo, pese a su importancia decreciente, las exportaciones siguieron aportando recursos muy valiosos para sufragar las

importaciones, en tanto que éstas, en su componente principal de bienes de capital, resultaban indispensables para sustentar el nuevo patrón de crecimiento.

Otro acierto importante es considerar los aspectos materiales e institucionales del comercio exterior, en particular en una etapa en la que estos últimos se formalizaron y cristalizaron en organismos, públicos y privados, que otorgaron mayor sistematicidad y consistencia a las políticas públicas y mayor continuidad a los esfuerzos privados en torno a esta actividad. Hasta donde yo sé, éste es el primer trabajo que aborda con rigor ambas dimensiones para este periodo en el que su interrelación es crucial.

El capítulo 1, que es también el más extenso, constituye un análisis del patrón del comercio exterior de México en el periodo de estudio: sus dimensiones, su composición y orientación geográfica, su lugar en el contexto latinoamericano y mundial. Es, entonces, de importancia central para dejar sentadas las características básicas del objeto de estudio. La autora constata que el desempeño exportador fue más bien pobre desde mediados de los años veinte hasta 1932; su recuperación a partir de entonces fue más el resultado de precios favorables que de un aumento consistente en el volumen de ventas, y se vio temporalmente interrumpida por la crisis de 1937. De hecho, en términos de volumen el comportamiento de las exportaciones mexicanas fue menos favorable que el de otros países latinoamericanos, con la relativa excepción de los años de la segunda guerra mundial. En cuanto a las importaciones, su desempeño inicial fue similar al de las ventas externas, pero su recuperación fue mayor y más consistente, de manera que crecieron tanto en volumen como en valor (a precios constantes), sobre todo a partir de 1940.

En cuanto a la composición del comercio, prosiguió en forma clara la tendencia, iniciada durante el porfiriato, a desplazar de la cesta de importaciones los artículos manufacturados para el consumo (principalmente los textiles), cuya demanda se satisfacía

en medida creciente con producción interna, y a sustituirlos por importaciones de bienes de capital. Si bien la revolución mexicana había revertido temporalmente esta tendencia, en las siguientes décadas se retomó con fuerza, de modo que hacia fines de los años cuarenta los principales rubros de maquinaria conformaban casi la mitad del valor importado, mientras que los hilados y tejidos representaban menos de 5% de ese valor. En cuanto a las exportaciones, si bien su composición no cambió drásticamente, sí se modificó el peso relativo de los productos exportados y se añadieron nuevos artículos a la cesta, de por sí diversa, heredada del porfiriato, lo cual redundó en una variedad notable respecto a los parámetros latinoamericanos.

Además de analizar las tendencias generales del comercio exterior, se evalúa su desempeño y su papel en relación con la balanza de pagos y los ingresos gubernamentales, así como su participación en el PIB, con el fin de valorar su importancia relativa para la economía mexicana y para las finanzas públicas. Pese a los altibajos que trajeron consigo las crisis económicas internacionales de 1929 y 1937 y al declive de las exportaciones, resulta claro que el intercambio con el exterior jugó un papel importante en todos estos ámbitos a lo largo del periodo.

El capítulo 2 se ocupa de los organismos involucrados en el comercio exterior, lo cual introduce de lleno el tema de la participación del Estado y sus efectos. La autora hace un repaso exhaustivo de las actividades desplegadas por la presidencia de la República, las secretarías de Estado (incluidas numerosas comisiones intersecretariales), el Congreso y, a partir de la década de 1930, organismos especializados, como Nacional Financiera (Nafinsa) y el Banco Nacional de Comercio Exterior (Bancomext), que se establecieron con el propósito de promover, regular y vigilar el desenvolvimiento de esta actividad, así como uniformar las políticas relacionadas con ella, y por otra parte organizar, informar o vincular entre sí a los actores involucra-

dos. Esto representó un cambio notable respecto a la trayectoria anterior, aunque la operación y los resultados de las actividades de estos organismos no estuvieran a la altura de las expectativas puestas en ellos. Con todo, su labor se intensificó en el contexto de la segunda guerra mundial y en la inmediata posguerra, debido a las modificaciones que se produjeron en los patrones geográficos del comercio y al imperativo, para entonces claro y explícito en el discurso gubernamental, de someter las transacciones externas a las necesidades de industrialización del país.

El capítulo concluye con una reseña de las agrupaciones privadas que se formaron en torno a esta actividad, como las cámaras de comercio. Estas asociaciones congregaban a hombres de negocios de alguna forma relacionados con las operaciones comerciales; actuaban como voceros de sus agremiados en negociaciones con el gobierno, y los representaban en comisiones y diversos emprendimientos. La más conspicua fue la Confederación de Cámaras de Comercio, surgida en 1917, cuya influencia se extendió hasta lograr que se hiciera obligatorio incorporarse a sus filas para todas las cámaras nacionales y extranjeras que existían en el país. Al igual que otras muchas organizaciones de la sociedad civil en el México de esa época, a fines de los años treinta la Confederación se corporativizó, al dictarse una ley que definía a las cámaras como “instituciones públicas” aunque autónomas. Es posible que su carácter semioficial haya acentuado su influencia sobre el gobierno, sin disminuir por otro lado su capacidad para actuar como grupo de presión y perseguir sus propios intereses.

El análisis sobre la política comercial que se presenta en el capítulo 3 posee el interés particular de ofrecer una relación detallada de los instrumentos y las medidas adoptadas en pos de su aplicación. Es de hacer notar que, mientras la altura de la barrera arancelaria para las importaciones se redujo desde casi 30% hasta alrededor de 8% a lo largo del periodo, los gravámenes que soportaban las exportaciones se incrementaron hasta representar alre-

dedor de 20% de su valor en el contexto favorable de la segunda guerra mundial. En conjunto, los impuestos derivados del comercio exterior promediaron 30% de los ingresos federales a lo largo del periodo, aunque con variaciones importantes de acuerdo con la coyuntura de cada momento, y en una tendencia a disminuir a medida que se ampliaban las fuentes internas de recaudación.

La autora analiza los cambios en la política comercial que se produjeron a la luz de los dos propósitos que guiaron su desenvolvimiento: la obtención de recursos para el Estado y el proteccionismo. Se pregunta cuál de éstos prevaleció en las prioridades del gobierno, si hubo consistencia en sus políticas y si éstas obedecieron a una lógica interna o dependieron de los avatares de la economía internacional. Sus respuestas, aunque merecedoras de una mayor discusión, no dejan de ser sugerentes: la autora considera que en este periodo no hubo una sola línea definida en materia de política comercial, puesto que ésta no era un área prioritaria para el régimen revolucionario, y que los eventos internacionales tuvieron un impacto decisivo sobre su orientación, llevando por ejemplo a la proliferación de medidas no arancelarias, como cuotas y licencias, que se difundían rápidamente en el plano internacional. No obstante, reconoce una tendencia perceptible a la reducción del papel fiscal de la política arancelaria y a la acentuación de su aspecto proteccionista, la cual era consistente con el anhelo, cultivado internamente desde hacía largo tiempo, de industrializar el país.

El capítulo 4 aborda el financiamiento del comercio exterior. El propósito es muy loable, puesto que esta problemática se ha mantenido prácticamente intocada en la historiografía. Sin embargo, el tema es elusivo, de manera que la autora ha tenido que conformarse con información en su mayor parte fragmentaria que ofrece imágenes de corto plazo y casos particulares más que una visión comprensiva sobre el asunto. Queda claro, no obstante, que el crédito siguió siendo escaso durante todo el periodo,

que las condiciones para su otorgamiento eran estrictas y las tasas de interés generalmente elevadas, lo que lo hizo inaccesible para la mayor parte de los agentes económicos que participaban en el comercio exterior. El surgimiento de organismos como Nafinsa y Bancomext en el decenio de 1930 apenas modificó un panorama que estaba dominado por redes de prestamistas privados informales dentro del país y por bancos y casas comerciales fuera de él. Esto ocurrió porque, en el fondo, los objetivos de política monetaria y financiera del régimen no incluían al comercio exterior entre sus prioridades, por lo que aquellos organismos no cumplieron la función de dotar de una base financiera propia a esta actividad. La mayor novedad en este sentido fue el establecimiento del Eximbank en Estados Unidos a mediados de esa década, que otorgó créditos de envergadura para la importación de bienes de capital destinados a fortalecer la infraestructura (carretera, ferroviaria, eléctrica) y ampliar la planta industrial del país.

El último capítulo se ocupa de los medios y estrategias de comercialización de artículos relacionados con los intercambios externos. Muestra el conjunto de circunstancias que llevaron a una creciente concentración del comercio en Estados Unidos como socio dominante, y que iban desde la mayor densidad de conexiones marítimas, ferroviarias y posteriormente carreteras con México hasta estrategias de comercialización más eficaces.

En el balance, la obra expone un conjunto de condiciones poco favorables a la expansión del comercio exterior: además del entorno internacional poco propicio, aquél debió desarrollarse con escaso financiamiento, infraestructura deficiente, políticas restrictivas y un lugar secundario en las prioridades del gobierno —frente a problemas que demandaban una resolución más urgente, como la reforma agraria o el saneamiento de las finanzas públicas. Esto último puede resultar contradictorio, pues el propio gobierno parecía conceder gran significación a esa actividad, a juzgar por los numerosos organismos que creó en relación con ella

y de sus esfuerzos por intervenir en su desenvolvimiento. Huelga decir que esta ambivalencia no fue ajena a otras políticas públicas relacionadas con actividades económicas estratégicas, como los ferrocarriles o el petróleo. Sea de ello lo que fuere, en la práctica la importancia del comercio exterior siguió siendo crucial, pues las exportaciones constituían la principal fuente de divisas y las importaciones eran vitales para proseguir el sueño largamente acariciado de la industrialización. El trabajo que reseñamos posee, entre otros, el mérito de arrojar luz sobre esas fuerzas contradictorias que marcaron el desarrollo del comercio exterior en el periodo que culminó la transición al México moderno.

Sandra Kuntz Ficker
El Colegio de México

GABRIELA CANO, *Se llamaba Elena Arizmendi*, México, Tusquets, 2010, 259 pp. ISBN 9786074211542

Se llamaba Elena Arizmendi, escrito por Gabriela Cano, forma parte de la serie "Tiempo de memoria" de la editorial Tusquets, y representa una contribución bienvenida al valioso trabajo de editoriales como Demac, con biografías e historia oral de mujeres, como la de Matilde Montoya, primera médica mexicana, por Ana María Carrillo (Demac, 2002); Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, por Alicia Villaneda (Demac, 1994); Evangelina Corona, por Patricia Vega (*Contar las cosas como fueron*, Demac, 2008), y sobre obreras, como lo escrito por Verena Radkau (*"La fama" y la vida*, La Casa Chata, 1984) y Jorge Basurto (*Vivencias femeninas de la revolución*, INEHRM, 1993). En *Se llamaba Elena Arizmendi*, ya en su segunda edición, Gabriela Cano recoge los detalles de la vida de Arizmendi, los narra con inteligencia y sa-